

# El Mediterráneo en Llamas

por Angel Rama

(Continuación del núm. 21)

## ★ Dos héroes:

### Odiseo y Jesús

En esta filosofía puede filiarse la ferviente energía que mueve a los serenos novelistas de Kazantzakis, su afán integrador de la realidad y el pensamiento; en ella puede encontrarse la clave de su actitud religiosa, porque de igual modo que admiraba más que nada "la llama" que consume a Rusia, lo que admira en Jesús, es en Jesús, es la indomable capacidad para transmitir vida en espíritu, negándose al codicioso reclamo de lo material. Esta filosofía la expresó acerbamente en 1938 cuando publica su *Odiseo*, ese héroe que, a semejanza del que evocará Cavafis, más que regresar a Itaca, lo que le importa es el enriquecimiento espiritual que le proporcionan viajes y aventuras. Porque *Odiseo* llega a Itaca y vence a los pretendientes, para de inmediato no reconocerse en su anciana mujer y en su prudente hijo Telémaco. Tres rostros de la muerte, les dice, ha conocido: el primero con Calipo, cuando la muerte era el deseo de la eterna juventud; el segundo con Circe, cuando la muerte tenía máscara animal; el tercero con Nausicaa, cuando se confundía con la apacible felicidad. Y comprende entonces que la cuarta máscara de la muerte es su propio hogar, una prisión que ahoga a su empeñosa tarea. Por eso parte.

Pero en su *Odiseo* Kazantzakis no intenta una mera continuación de la obra homérica, y eso hubiera sido una simple labor de arqueología y bizantinismo. Su *Odiseo*, como bien ha visto Stanford (*The Ulysses theme: a study in the adaptability of a traditional hero*, Dublin) es "un avatar del héroe centígravo de Dante y deriva de la tradición que conduce desde Dante, a través de Tennyson y Pascoli, hasta el presente". Su recorda por Esparta y su encuentro con Helena; su larga estadía en Knossos; su ingreso al mundo egipcio, y ascendiendo por el Nilo, a las fuentes sagradas, es la escala que trepa como Dante en un proceso de purificación que ya no lo conducirá a la presencia de Dios sino a la exaltación del Sol, energía vencedora de la muerte y de la materia, puro espíritu hecho de llamas.

En *Odiseo* se ha reconocido Kazantzakis como un héroe que en sus últimos años también se aproximó a otro héroe que si no perteneció al estricto mundo de la mediterraneidad, fue al menos acuñado en su naturaleza oriental: Jesús. A él dedicó su última novela.

Ya antes había señalado Kazantzakis como motivo de una polémica respecto a su obra, que para él Creta "es la síntesis de Grecia y del Oriente",

apuntando que lo singular de la experiencia griega es salvar el yo de la anarquía y del caos, mientras que lo típico del Oriente es disolver ese yo en lo infinito para hacerse uno con él. Cuando se enfrenta a la persona de Jesús parece resonar en Kazantzakis un eco de la inflexible polémica acerca de la dualidad de las naturalezas: la humana y la divina. Lo que le atrae es la naturaleza humana de Jesús y su progresivo devenir Dios por un radical esfuerzo interior que responde armoniosamente al llamado imperioso de lo alto.

Un texto de Toyhbee (en *La civilización helénica*) parece justificar históricamente el modo como Kazantzakis se enfrenta a su personaje: "Para los judíos esta revolucionaria doctrina cristiana de la Encarnación de Dios era una blasfemia introducción en el judaísmo de un mito que era el más condenable de todos los errores del paganismo helénico. Era una tracción a todo cuanto el judaísmo había logrado en la prolongada y ardua pugna empujada para purificar y elevar la visión de la naturaleza de Dios, de manera que ningún judío ortodoxo habría sido capaz de tal monstruosidad. Los únicos que podían haberla perpetrado eran los galileos, que vivieron bajo la influencia helénica durante un cuarto milenio antes de la forzosa conversión de Galilea al judaísmo producida en los primeros años del último siglo antes de Cristo. Las influencias del helenismo en la doctrina y concepción general del cristianismo fueron en verdad profundas: pues al convertirse en un ser humano, Dios se expone a padecer los sufrimientos que son la ineludible suerte de un ser humano".

El Jesús de Kazantzakis es "el elegido". Simple carpintero, como su padre, fabricante de cruces donde se introniza a los patriotas judíos, es reclamado desde lo alto para la liberación de ese pueblo, cosa que intentará por un camino más duro que el de la rebelión a la que aspira Judas —congéneres del "capetan" Miguel de Libertad o muerte—, como es la liberación interior de los almas. Es un hombre real, con dudas reales; con interrogaciones a un cielo que responde de manera tan enigmática que muchas veces no se comprende su respuesta; con deseos reales de felicidad centrados en Magdielena, en la vida apacible de las hermanas Marta y María. Y ese hombre ve crecer a su lado el mito con la historia que escribe el crédito Mateo y que un día, si leerla, le espanta y le confunde: ¿no será más verdad el mito que la realidad? Pero también ve crecer en sí un poder que fortifica su fe en el espíritu desde el día en que, temblando frente a la tumba de Lázaro, reclama que vuelva a la vida y sus palabras se cumplan.

Como el Jesús de que habla el Gran Inquisidor de Dostoiéwsky, será tentado con el poder material, con la

felicidad personal, y, mientras transcurre el último, inasecable minuto de agonía, deberá luchar para proclamar su libertad, para llevar al último trance la victoria del espíritu.

## ★ El almendro en flor

Nadie que haya leído el Canto VI de la *Odisea*, olvidará las palabras del héroe cuando compara la maravillosa gracia del cuerpo juvenil de Nausicaa, con el "joven retoño de palmera que creció en Dolos al lado de Apolo". El profundo lirismo, el temblor misterioso de la comparación, parecen sostener y explicar la sensibilidad artística del largo poema.

Y bien: leyendo las obras de Kazantzakis se encontrará, repetido una y otra vez, un pequeño fragmento que sugiere el pasado, la connotación interior que en el poeta produce un día la repentina contemplación del almendro florecido. "De pronto lancé un grito de alegría. Delante de mí, dentro de una hendidura protegida, un almendro lleno de audacia había florecido en medio del invierno, abriendo la marcha de los demás árboles y anunciando la primavera. Experimenté un enorme alivio. Respiré profundamente el leve olor polvoriento, me aparté del camino y fui a agazaparme bajo los ramos florecidos. Allí permanecí un largo tiempo, sin pensar en nada, sin ninguna inquietud, feliz. Estaba sentado, en la eternidad, bajo un árbol del Paraíso" (Alexis Zorba). Cuando Jesús está en el huerto de Getsemani y su discípulo lo llama alarmado, responde: "Desaparecí por unos instantes porque pensaba en una frase que un asceta me dijo un día en el santo monte Carmelo. Estaba —me dijo— sumergido en la gema de mi cuerpo como un puerco. ¿Y cómo te liberaste, abuelo? —Le respondí— ¿Luchaste mucho? Me respondió: En absoluto. Una mañana vi un almendro en flor y me sentí liberado. Como cuando me acordé de mi amado Juan, se me apareció la muerte esta noche por unos instantes".

Así es el toque sutil de la literatura de Kazantzakis: la realidad concreta, carnal e intensa que despliega en sus libros, está apuntada con tal levedad y gracia que de inmediato se le ve iluminarse y tornarse transparente. También aquí, en la letra escrita, campea materia por espíritu. "En ninguna parte se pasa tan serenamente y tan fácilmente de la realidad al sueño —dijo del mar Egeo, agregando— se diría que aquí, en Grecia, el milagro es la flor inevitable de la necesidad".

Por eso su literatura, cargada de vida ardiente, tiene no obstante el sabor de ciertos productos que la civilización ha elaborado a lo largo de vastos ciclos históricos sin que nada pierda de su limpidez, de su sencilla verdad original, como el pan y el vino. Así la descripción de una austera y clara casa cretense, —el palacio de Knossos en su *Odisea*— de un paisaje, del mar que hierve con olor a sidra, de un hombre que vive en una especie de innumerable familia. Y a través de ella se establece en nosotros un vínculo con los más lejanos orígenes civilizadores y un hondo sentimiento de lo que es la comunidad de los hombres, tal como dice en uno de sus más limpios ejercicios en prosa, *El jardín des rochers*: "Comer junto con alguien siempre es una acción que produce un sentimiento de las apariencias groseras, un acto místico que una misteriosamente a las almas. Comer pan, beber vino con alguien siempre le ha parecido una acción muy grave a mi corazón prehistórico".